

EPISTEMOLOGÍA E HISTORIA DE LA CIENCIA

SELECCIÓN DE TRABAJOS DE LAS IX JORNADAS

VOLUMEN 5 (1999), Nº 5

Eduardo Sota

Luis Urtubey

Editores



ÁREA LOGICO-EPISTEMOLÓGICA DE LA ESCUELA DE FILOSOFÍA
CENTRO DE INVESTIGACIONES DE LA FACULTAD DE FILOSOFÍA Y HUMANIDADES
UNIVERSIDAD NACIONAL DE CÓRDOBA



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons atribución NoComercial-SinDerivadas 2.5 Argentina



Historización, contextualización y perspectiva

*M. Verónica Tozzi**

Ha sido señalado por diferentes autores que la filosofía de las ciencias y la filosofía de la historia han protagonizado en los últimos tiempos un giro histórico. El objetivo de este trabajo es dilucidar en qué consiste este giro a través del análisis de la noción de historización o contextualización histórica. Es decir, iluminar en qué consiste y cuáles son las consecuencias cognitivas de esa particular manera de concebir la actividad histórica como el trabajo de integrar sucesos del pasado en un contexto. Fue William Walsh (1961) quien llamó explícitamente la atención sobre la contextualización -a la que denominó "coligación"- como la forma típica de la explicación histórica. Ahora bien, esta breve descripción abre una serie de interrogantes en torno a en qué consiste exactamente esta operación. En primer lugar, no hay acuerdo acerca de cuál es su forma, es decir, qué tipo de conexiones son 'coligaciones' relevantes a los fenómenos históricos. (Justamente, este fue el problema que concentró a la filosofía analítica de la historia). En segundo lugar, tampoco existe acuerdo en cuanto a cuál sería la relación entre estas contextualizaciones o producciones historiográficas y el pasado independiente o tal cual fue. (Esta es la discusión típica en torno al narrativismo). En tercer y último lugar, subsiste la pregunta acerca del punto de vista o situación histórica desde el que se 'coliga' el pasado. (Problema que si bien no es nuevo, estalla en los últimos tiempos).

Estos tres focos de problemas no están desconectados, cada uno de ellos a su vez ha generado posiciones tendientes a cuestionar la objetividad de la historiografía en favor de una consideración de la misma como una forma de arte o literatura. Los argumentos se han dirigido a señalar o bien que la "coligación histórica" no busca producir leyes determinísticas de los fenómenos, o bien que las contextualizaciones son producciones literarias, o, finalmente, que su función es fundamentalmente política o legitimadora en lugar de cognitiva. Ahora bien, ya sea que la dicotomía sea objetivismo vs unicidad, objetivismo vs ficción u objetivismo vs subjetivismo, la contienda es siempre la misma. Se busca como ideal de historización una contextualización objetiva que vaya más allá de cualquier perspectiva subjetiva o individual. O, por el contrario, se parte del hecho de que toda contextualización involucra un conflicto de perspectivas, la del historiador y la de los protagonistas. En esta línea se acusa al pensamiento contextualizador objetivo de acallar las perspectivas en pro de un punto de vista superior, encubriendo así su propia perspectiva. La historización se erige entonces como voz de los sin voz y propone como alternativa una "historización radical" o "autocontextualización", esto es, que el historiador se reconozca como una voz más un punto de vista como cualquier otro, y no como la voz privilegiada.

En lo que sigue intentaré mostrar que detrás de este reclamo aparentemente solidario con las acalladas voces de las minorías desprotegidas se esconden algunos de los muchos prejuicios largamente criticados en torno a que los agentes históricos detentan el punto de vista privilegiado acerca de su historia. Con el objeto de hacer más claro el problema haré mi reflexión en un doble nivel: en el de la historiografía y en el de la propia filosofía de la

* UBA-Filosofía y Letras.

historia. El trabajo consta de cuatro partes. La primera describe, la búsqueda, por parte de la filosofía de la historia, del marco teórico adecuado para dilucidar la actividad coligadora. La segunda muestra como esta operación coligadora se aplica a su vez a la propia filosofía de la historia. En la tercera y cuarta analizo en detalle esta forma de historización y sus consecuencias cognitivas.

Filosofía de la historia y filosofía de las ciencias. La filosofía de la historia en este siglo ha ocupado un lugar marginal en el ámbito académico. Ello queda manifiesto en el amplio desconocimiento acerca de qué es hacer filosofía de la historia en el siglo XX. Por ejemplo, es usual que se la identifique con la filosofía especulativa del siglo XIX, desconociendo los importantes aunque denigrados debates epistemológicos protagonizados por la llamada filosofía analítica de la historia. Esta ignorancia en cuanto a los debates epistemológicos sobre la historia es paralela a una creciente historización de otros ámbitos del pensamiento como por ejemplo la propia filosofía de las ciencias.

Paradójicamente, la filosofía de la historia en su sentido de epistemología se ha ido alejando, en el último cuarto de siglo, de la filosofía de las ciencias y de sus últimos desarrollos (teoría crítica, hermenéutica, realismo científico) para aproximarse a la teoría literaria. Este camino de la epistemología a la retórica ha sido denominado por Franz Ankersmit el "giro lingüístico" de la filosofía anglosajona de la historia. Este enfoque pretende justificarse en su consideración de una esencial densidad lingüístico-textual de los escritos históricos, los cuales deben ser vistos como discursos a ser mirados por sí mismos más que como reflejos de lo que ocurrió en el pasado. Los textos históricos son más bien objetos estéticos constituyentes de un mundo entendido como un producto significativo del propio discurso. La consecuencia de este desplazamiento de la epistemología de la historia a la discusión textual en torno a sus productos, lleva por ejemplo a Ankersmit a reclamar la legitimación institucional de una disciplina acorde con el carácter autónomo del texto histórico frente al discurso científico. (p. 278) La dimensión fundamentalmente poética de la historiografía, supone este autor, es lo que primariamente conduce a abandonar la epistemología de las ciencias sociales como el marco de la reflexión. Es más, el que la historiografía no pueda o no deba pensarse como una ciencia social es lo que lleva a estos autores al rechazo visceral de cuestiones clásicas como explicación, causalidad, comprensión y su relación con estos mismos procedimientos en las ciencias naturales y sociales. El marco de reflexión deben buscarlo en el campo de la retórica y la poética, no en la epistemología.

Pero hay otra razón de fondo, a mi juicio, en este desplazamiento de la epistemología a la poética y que explicaría también por qué la filosofía de la historia del giro lingüístico ha sido refractaria a los nuevos desarrollos en la epistemología de las ciencias sociales. Esta razón implica llevar hasta sus últimas consecuencias el carácter esencialmente legitimador de la historiografía como técnica de producción de relatos que buscan moralizar el presente. Es decir, no intentar anular lo no anulable: el propósito moralizador, sino por el contrario, perfeccionarlo y democratizarlo, despojando a la "ascéptica" academia de la hegemonía en la producción historiográfica. Retomando la argumentación entonces, el giro lingüístico se ha propuesto, en primer lugar, señalar el carácter literario de los textos históricos, en segundo lugar, desenmascarar el propósito legitimador último de toda reconstrucción historiográfica, y, finalmente, haciéndose cargo de sus propios principios, los aplica sobre sí mismo para legitimar su propio enfoque poético o estético de la filosofía de la historia

como un campo disciplinar autónomo. Es por ello, que la manera correcta de desafiar las consecuencias del giro lingüístico es efectuar un análisis crítico de las reconstrucciones "(meta) históricas" de este movimiento por parte de sus propios protagonistas.

Metahistorias de la filosofía de la historia. En los últimos 3 años somos testigos de una proliferación de artículos históricos acerca del giro lingüístico en la filosofía de la historia, proceso que todos acuerdan tiene su momento inaugural en 1973 con la aparición de *Metahistoria*. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX, de Hayden White. Esta serie de trabajos metametahistóricos, profundamente históricos, me provocan gran perplejidad. En primer lugar, porque se proponen llevar a cabo el depreciado dictum de Ranke de contar lo que pasó en el último cuarto de siglo, lo cual recrudece en lugar de anular la pregunta en qué se justifica un relato histórico para saber a su vez, en qué se justifican sus propios relatos históricos sobre el "giro lingüístico". ¿Debemos reexpresar esta cuestión en términos whiteanos preguntando qué deseo es satisfecho en el contar una historia? ¿qué anhelo es cumplido en los artículos de, por ejemplo, Richard Vann y Franz Ankersmit? ¿qué deseo de consolación es realizado al inventar tal ficción narrativa?¹ No lo creo. El que hoy 25 años después algunos de los principales protagonistas sientan la necesidad de sentarse a reflexionar sobre su práctica, la filosofía de la historia, y no encuentren mejor manera de hacerlo que contando, relatando lo que pasó, expresa una tendencia general en la epistemología que pide, exige, reclama contar, mirar la práctica científica real, la historia de las ciencias y la historia de la propia reflexión sobre la filosofía de la historia, pues parece que la historia tiene algo "verdadero" que contar.

Giro histórico en la filosofía anglosajona de la historia. John Toews ha descrito este movimiento como un giro histórico más que lingüístico presente en la nueva filosofía de la historia para describir, por un lado, la falta de homogeneidad en este movimiento -la mayoría de las contribuciones son más bien reflexiones de carácter autocrítico. Por otro lado, para subrayar el acuerdo en cuanto a que la historización de la filosofía de la historia más que su comparación con la filosofía de las ciencias o su reducción a teoría literaria es lo que nos dirá en qué sentido la historiografía es un proyecto cognitivo en su propio derecho. Pero nuevamente, ¿qué significa este historizar la propia reflexión filosófica acerca de la historiografía? ¿Qué es revelado en la historización de los productos sociales, culturales e intelectuales? Me parece estar presente en todos estos artículos la idea de que la historización sólo puede apreciarse en cuanto a su función esencialmente crítica y autocrítica derivada del conocimiento justamente de un origen histórico. En definitiva, quiéranlo o no, los protagonistas de este movimiento deben aceptar que el rol crítico del historizar se hace efectivo no por el carácter legitimador último del relato producido sino por su valor cognitivo. Es el contar con información fidedigna, "verdadera", confiable, lo que legitima una práctica de investigación como un campo disciplinar en todo su derecho y no la práctica la que "legítima" por su valor ideológico la confiabilidad de la información.

Ahora bien, para entender todo el alcance de la crítica posmodernista me gustaría llamar la atención sobre la "forma" en la que la historización ha llegado a ser entendida por parte de los historiadores profesionales. La forma típica de "comprensión histórica" es hoy la contextualización. Es decir, comprender históricamente un fenómeno implica ubicarlo en su contexto histórico. El concepto de explicación contextual ha sido expuesto formalmente por

W. Walsh en *Introducción a la Filosofía de la Historia*. El autor ha denominado a esta operación típicamente histórica, coligación para indicar justamente, "(el procedimiento de explicar un acontecimiento rastreando sus relaciones intrínsecas con otros acontecimientos y de localizarlo en su contexto histórico" (op. cit, p. 66). La extensión "canónica" de este modo de historizar ha sido registrada por Hayden White en el citado *Metahistoria*. Afirma White que la contextualización es hoy el modo standard de explicación o argumentación historiográfica, es la expresión de un modo topológico irónico al que ha sucumbido la academia histórica en el siglo XX. Pero debe advertirse el hecho de que podamos encontrar una forma típica extendida no significa que los historiadores alcanzan algo así como el consenso por un paradigma, más bien en el seno de este supuesto acuerdo conviven en tensión dos viejas formas de entender la historización contextual y que hoy vuelven a entrar en conflicto. En otras palabras, en el final del presente siglo, la epistemología de la historia pretende resumirse en la pregunta por cuál es el punto de vista privilegiado para dar cuenta, contextualizar, el pasado; ¿quién es el que puede ver la unidad en la diversidad, la totalidad en la dispersión caótica de acontecimientos históricos?

Por supuesto que si recorremos la historiografía del siglo XX encontraremos múltiples maneras de responder la cuestión. Sin embargo, los protagonistas del giro lingüístico prefieren ponerlo como si existieran solamente dos. La primera entendería la contextualización como la ubicación de los fenómenos en un proceso objetivo en algún sentido independiente de cualquier punto de vista subjetivo o individuo histórico particular pero hipotéticamente reconstruible y comprobable intersubjetivamente. La práctica historiográfica "normal", en sentido kulniano, quedaría englobada aquí en la medida en que ingenuamente supone que se puede lograr algo así como un consenso intersubjetivo y no conflictivo en torno a la historización. La segunda posición, mejor caracterizada como autocontextualización, busca volver la técnica contextualizadora sobre sí misma para romper la continuidad del propio relato y así introducir su propia voz narradora. Esta es la forma típica de la historiografía posmodernista o de las autollamadas historiografías alternativas o antiacadémicas y que pueden ser producidas en cualquier ámbito. En contra de la historiografía "normal", que busca el consenso sobre la verdad independientemente del punto de vista, estos autores se dirigen a subrayar la propia contingencia histórica de la narración pidiendo al lector acuerdo e identificación con el punto de vista expresado en ella. Ejemplos explícitos de esta posición se presentan en la noción de "historicidad radical" de Stephen Bann y en la de "(con) textualización reflexiva" de Robert Berkhofer. Señala Bann que "...la conciencia histórica posmoderna puede alcanzar el autorreconocimiento histórico en las historizaciones que acompañan la formación de identidades diferenciales a través de la construcción de múltiples pasados y experimentarlo como ventanas hacia una realidad en la que cada uno es participante en la producción de la historia".(248)

Como ya dije, algunos de los principales trabajos que intentan exponer de manera sistemática en qué consiste una historiografía efectuada según el "giro lingüístico" o también llamada posmodernista se han inclinado por esta segunda línea. Pero en su intento de superar viejas dicotomías o de atender reclamos políticos más justos han reflatado a mi entender un viejo prejuicio positivista: la del que el testigo de los hechos tiene el punto de vista privilegiado, aunque no sea de los hechos, al menos sí de su propia vivencia de los mismos.

Posmodernismo y restauración. Esta manera de iluminar el pasado, iluminando al mismo tiempo la lente desde la que se lo mira tiene como objetivo superar la vieja dicotomía objetivismo-subjetivismo. El objetivismo supone que el historiador para conocer el pasado debe mirar desde afuera de los acontecimientos, en cambio el subjetivismo debe hacerlo desde adentro, debe recuperar la mirada, pensamiento, vivencia, en fin, la perspectiva de los protagonistas. Pero ambos comparten la idea de un pasado tal cual fue, determinado en sus características, sólo difieren en el punto desde donde mejor nos apoderamos de él. La contextualización radical en cambio, pretende desmitificar la idea de que exista algo como la perspectiva mejor para conocer el pasado, sea la del observador o la del actor, y sostiene que cualquier perspectiva es buena, pues, el propósito de la contextualización histórica no es cognitivo sino moralizante. O para decirlo en una forma más extrema, el historiador es un actor más y el protagonista un historiador más.

Si bien esta propuesta se justifica en la exigencia de que el historiador asuma de manera responsable su lugar como productor de significado, aún así la autocontextualización radical sigue fiel al ideal de un punto de vista privilegiado. Es decir, la exigencia de que el historiador reconozca su propio lugar como agente histórico y no se erija como observador imparcial no es eficazmente realizada en las nociones de "autocontextualización radical" y "múltiples perspectivas igualmente válidas". Y esto no ocurre no tanto por dejar la puerta abierta a la reducción de la producción historiográfica a artefacto discursivo propenso a servir sólo a propósitos legitimadores, sino más bien porque la reflexión posmodernista sobre la historiografía al optar por la segunda forma de contextualización -autocontextualización- restaura la vieja tendencia historicista (a la que pretende superar) que considera que lo histórico en tanto histórico debe entenderse como lo absolutamente otro, como idiosincrático.² Involuntariamente entonces, este reclamo a favor de las múltiples perspectivas se transforma en una restauración del subjetivismo al que pretendía superar: son los actores con sus vivencias los que detentan el punto de vista privilegiado.

Agreguemos algunas observaciones más a mi argumentación. Al orientar la contextualización hacia la autocontextualización el posmodernismo soslaya en dos sentidos el carácter extratextual de dicha actividad: en cuanto al punto de vista y en cuanto a la referencia. Al contextualizar un texto nos salimos de él, tanto en cuanto al punto de vista expresado en él, como en cuanto a su carácter de objeto lingüístico. Con respecto al primer sentido entonces, justamente su contextualización implica abrirlo hacia lo que no es exclusivo de él. La contextualización no puede quedar agotada en la autocontextualización, en decir "soy yo quien hablo". Es más, la pretensión de que esta autocontextualización idiosincrática es "la" condición del diálogo da la espalda a algunos de los aspectos fundamentales de los procesos de interpretación y comunicación revelados tanto por la filosofía hermenéutica de corte gadameriano como por las investigaciones davidsonianas sobre la interpretación. Justamente estos autores han señalado que es el contexto compartido lo que hace posible la comunicación y el diálogo. Esto es, el develamiento del propio punto de vista, del horizonte como el propio, es posible sólo en contraste o comunión con los otros horizontes, los otros son previos a la autocomprensión y configuran parte del contexto.

En cuanto a la cuestión de la referencia, tampoco la propia idea de contexto de un texto puede ser considerada como un constructo textual. La distinción texto-contexto no puede ser intratextual pues no puede suponerse como pretende Franz Ankersmit que el texto es autocontenido o que el punto de vista del texto es autónomo. Los recursos significativos de

un texto son provistos por el contexto cultural-social en el que éste es producido, no creados por el propio texto. El contexto de un texto es intertextual y extratextual. La intertextualidad es declamada por el posmodernismo pero con el objeto de implicar que los textos históricos refieren a otros textos históricos y no al pasado. La referencia para estos autores es siempre textual. Sin embargo la intertextualidad está dada en el sentido de que el contexto de un texto, como fuente de sus recursos significativos, lo precede y excede, engloba muchos textos. Pero también es extratextual, pues si bien el pasado o la realidad histórica pasada se nos da siempre mediada a través de otras interpretaciones, el referente del relato historiográfico no son esas interpretaciones. Es decir, el historiador confronta su relato acerca del pasado no con el pasado en sí, no accedemos empíricamente al pasado en sí,³ sino a través de lo que llamamos la evidencia. La evidencia, sean documentos o restos materiales, no son datos brutos sino que ellos mismos constituyen versiones del pasado o restos de versiones acerca del pasado. Tampoco el historiador va inocente a "leer" esa evidencia, para ello cuenta o bien con otras interpretaciones (textos) acerca de esos acontecimientos o con modalidades (metodologías, técnicas) para interpretar esa evidencia. Ahora bien, aun cuando este "acceso" está tan mediado eso no significa, a riesgo de caer en incongruencias gramaticales, que el referente de su texto sean esas versiones mediadoras (documentos y otras interpretaciones).

En otras palabras, si bien en los procesos de reconstrucción de los contextos históricos y sociales el historiador debe interpretar otras interpretaciones (de los protagonistas y de sus colegas) y en cierto sentido esto es un dato (el carácter interpretado de la realidad social), ello no significa que esas interpretaciones sean su referente. El posmodernismo arremete contra la historiografía académica a través de un juego de palabras en torno al término referencia, el cual se usa como el denotado de un signo y como fuente de información o interlocutor válido. Pero no hay justificativo para igualar o disolver ambos significados en uno sólo: el referente es el pasado conformado de procesos interpretativos y no interpretativos, no las versiones acerca de él. En todo caso éstas pueden a su vez constituirse en objeto de investigación y por tanto en referencia o denotación de un texto histórico. Pero entonces la evaluación de la reconstrucción histórica de esas versiones consistirá por un lado, en evaluar su verdad o no, esto es las reconstrucciones del historiador deben evitar distorsionar lo que ellas dicen y, por el otro, evaluar a su vez su carácter distorsionador o no de la realidad de la que son y forma parte.

Es interesante notar a este respecto que Gadamer mismo ve necesario salirse del texto para captar su significado. El trabajo del intérprete, afirma Gadamer, se dirige a aquello de lo que habla el texto, la verdad de la cosa, y que es resignificado por el lector desde su horizonte de interpretación. Esta idea adquiere más profundidad y justificación en el análisis efectuado por Paul Ricoeur de la configuración narrativa a la que él denomina Mimesis II. Señala el autor que la mimesis II (la narración propiamente dicha) es una mediación entre el campo práctico y el ámbito de la recepción. Es decir la configuración narrativa o textual está anclada en dos ámbitos extratextuales y que conforman parte de su contexto: el de la acción y el de la lectura. Contexto de la acción y contexto de la recepción, entonces, no son inventados por el texto sino que son los que permiten su producción y completitud significativa.⁴

Contextualización, perspectivismo y crítica histórica. Como traté de dejar en claro a lo largo de este artículo, los debates actuales en torno al status cognitivo de la narrativa historiográfica se desplazaron desde la crítica al carácter representacional de la misma a la cuestión de la perspectiva desde donde contar el pasado. En este sentido la referencia intertextual declamada por el posmodernismo estaría dada entre los textos del historiador y los "textos" de los protagonistas. Ahora bien, si bien las diferentes filosofías de la comprensión han señalado el carácter construido (Schütz), interpretado (Gadamer), lingüístico (Winch) de la realidad social, aspecto o cualidad que el científico social (intérprete) no debe soslayar, ello no justifica la conclusión de que la realidad social se agota en las construcciones (interpretaciones) de los protagonistas. Es más que la llamada "hermenéutica primaria" o mundo de la vida sea constitutivo de la realidad social, en todo caso es más bien un problema a investigar acerca de como se relacionan (producen y reproducen) estas construcciones con el fondo (contexto) no anticipado y las consecuencias no intencionadas del mundo de la vida. El carácter constitutivo de la realidad social por parte de las perspectivas de los protagonistas no los provee (a éstos) con la perspectiva privilegiada. Y el carácter de referencia (interlocutores válidos) acerca de lo que ocurrió no los convierte en la denotación del texto, sólo llama la atención al carácter dialógico de la investigación histórico-social.

En suma, si bien es cierto que el giro lingüístico es mejor descrito por los posmodernistas como un giro histórico, me parece que aún así no logran realizar todas las posibilidades que un enfoque histórico ofrece, esto es, es incompleto si se reduce el historizar a la explicitación del punto de vista. La revelación del lugar desde donde se habla es sólo un aspecto de lo que la investigación histórica puede descubrir mas no agota su capacidad crítico-develadora. Si bien es una historiografía desmitificadora en el sentido de llamar la atención sobre los inevitables puntos de vista de la historia, es sólo crítica del mito del ojo de Dios como punto de vista privilegiado, pero no puede más que aceptar cualquier punto de vista una vez que éste es reconocido, aún aquellos legitimadores de posiciones moralmente aberrantes. En definitiva, un verdadero "giro histórico" reside en el reconocimiento del rol crítico que desempeña el conocimiento histórico, justamente por su carácter cognitivo,⁵ por proporcionar conocimiento e información, no por "usar" con fines desconocidos o no la información. Es el proveer o proporcionar conocimiento lo que le otorga fuerza crítica. Ahora bien, reducir la crítica histórica al develamiento del punto de vista subyacente es limitar el poder de la crítica despojándola del develamiento de aquello que va más allá de los puntos de vista y que además permite discriminar entre los distorsionadores o no. En otras palabras, es una restauración del viejo prejuicio "historicista" (con trasfondo positivista) de que sólo se puede conocer "lo otro", el pasado, si lo aprehendemos en sí como lo absolutamente otro.

Notas

¹ En Ankersmit & Kellner, ed. ((1995) y en los volúmenes especiales de *History and Theory*. 36, 4, 97 y 37, 2, 1998.

² El historicismo fue bien criticado por Gadamer y Popper, filósofos antipositivistas pero de muy diferente extracción. Por otra parte, hay que tener en cuenta, como me recordó Cecilia Macón, que los miembros del giro lingüístico en sus trabajos historiográficos actúan más de acuerdo con la primera.

³ En "Observar el pasado no tal cual fue", publicado en *Epistemología e historia de la Ciencia*, Vol IV, 1998, mostré la falacia de creer que el acceso empírico directo al pasado, es la fuente privilegiada para obtener información.

⁴ Que estos autores pongan el énfasis en el lector-intérprete (esto es la tercera persona) y no en el autor (primera persona) como el productor de significado es lo que permite apreciar al contexto como algo más que el puro texto. No es sólo intertextual sino extratextual.

⁵ Cuestión vieja que se ha hecho más general en los últimos años en otras disciplinas (por ejemplo en la filosofía de las ciencias)

Bibliografía

- Ankersmit, F. R. "The Dilema of Contemporary Anglo-Saxon Philosophy of History", *History and Theory*, XXV, Bei 25, 1986,
- Ankersmit, Franz y Kellner, Hans, eds., *A New Philosophy of History*. Chicago, University of Chicago Press, 1995
- Danto, Arthur. *The Decline and Fall of the Analytical Philosophy of History*, en Ankersmit y Kellner, (ed.)1995.
- Dray, W. (comp.) *Philosophical Analysis and History*, New York, Harper & Row, 1966
- Gadamer, H. G. *Verdad y método*, cap. IX, Ed. Sígueme, Salamanca, 1977
- History and Theory*, 36, 4 (1997) *Producing the Past: Making Histories Inside and Outside the Academy*.
- Partner, Nancy. "Historicity in an Age of Reality-Fictions", en Ankersmit y Kellner, (ed.)1995.
- Partner, Nancy, "Hayden white: The form of the Content", en *History and Theory*, 37. 2, 1998.
- Ricoeur, Paul. *Tiempo y Narración. Configuración del tiempo en el relato histórico*. Vol. I, Ediciones Cristiandad, Madrid, 1987
- Toews, John, "A New Philosophy of History? Reflections on Postmodern Historicizing." Review Essay on Ankersmit, Kellner, 1995. En *History and Theory*, 36, 2, 1997
- Vann, Richard T. "Turning Linguistic: History and Theory and History and Theory, 1960-1975", en Ankersmit y Kellner, (ed.)1995.
- Vann, Richard T. "The Reception of Hayden White", en *History and Theory*, 37. 2, 1998
- White, Hayden. *Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*. Fondo de Cultura Económica, México, 1992. (1ª ed. en inglés 1973).